

Educación para la libertad

Don Luigi Giussani, El sentido Religioso, Capítulo XIII

El método de manifestarse a través del signo es un método adecuado para el hombre, un método característico de la vida personal. Pues la palabra y el gesto, ¿qué son? Signos. El amor entre hombre y mujer, la amistad o la convivencia tienen en el signo su instrumento de comunicación.

Y ya hemos visto por qué: porque en este método de relación entra en juego la libertad. Con este método de mostrarse se respeta la libertad, ya que ésta tiene que ponerse en juego para interpretar el signo.



Educación para la libertad como responsabilidad

Demos un paso más. El problema fundamental de esta gran aventura que es el mundo como «signo», a fin de que se manifieste en ella con evidencia el destino, es una educación para la libertad. Y puesto que la realidad remite al hombre a otra cosa distinta, educación para ser libres quiere decir educación para ser responsables.

Responsabilidad deriva de «responder». La educación en la responsabilidad es una educación para responder a aquello que nos llama.

¿En qué consiste esta educación para crecer en libertad, es decir, para adquirir responsabilidad?

a) Ante todo, la educación en la responsabilidad implica una educación de la *atención*. Ésta, en efecto, no es fácil; no es automático para nuestra libertad, incluso cuando está comprometida, prestar atención.

Es el prejuicio, sea cual sea su origen, lo que impide la atención: hace que prevalezca en nosotros el interés, y por tanto la distracción; que se afirmen ideas preconcebidas, y que por ello no se tome en consideración ningún mensaje nuevo; concentra la sensibilidad únicamente en lo que nos apetece, y por eso acrecienta la insensibilidad hacia los matices y los detalles de cualquier propuesta que se nos hace; fomenta la tendencia a resumir con torpeza, imprecisión y superficialidad, cosa que llega a ser un delito cuando se trata de un problema grave.

La atención debe dar cuenta, sobre todo, de la totalidad de los factores. ¡Qué importante es esta insistencia incansable en la totalidad!



b) Pero, además de la educación de la atención, una educación en la responsabilidad es también educación de la capacidad de *aceptación*. Tampoco es algo automático aceptar una propuesta en su integridad.

Educar en una atención y una aceptación que se caractericen por la sensibilidad hacia la totalidad de los factores en juego es una pedagogía que tiende a abrir puertas quizá cerradas prematuramente, si bien comprensiblemente. ¡A cualquier hora, incluso por la noche, puede llamar a la puerta la consistencia de la realidad!

Educación en la atención y la aceptación asegura esa actitud profunda con la que debemos afrontar la realidad: abiertos de par en par, libres y sin la presunción de llamar a la realidad ante nuestro propio veredicto como jueces, es decir, sin juzgar la realidad basándonos en el prejuicio.

Por consiguiente, una educación de la libertad para que esté atenta, o sea, para que se abra conscientemente a la totalidad de los factores en juego, y para que sepa aceptar, es decir, para que abrace con franqueza lo que se presenta delante de nuestros ojos, es la cuestión fundamental para poder seguir en la vida un camino humano.

Educación en una actitud de petición

La educación en la libertad, necesaria para que se dé una interpretación adecuada de este signo que es la existencia, el mundo, debe entrenarnos para adoptar la postura justa ante la realidad. Pero ¿cuál es esa postura justa ante la realidad? Permanecer en la actitud original con la que nos forma la naturaleza. Y esa postura original, sello de nacimiento impreso en el hombre por la naturaleza, es una actitud de espera que se traduce en petición, en pregunta.

En el niño todo esto es curiosidad: espera y pregunta. En el hombre es espera y búsqueda. Pero tiene que tratarse de una búsqueda real: la búsqueda falsa arroja sobre la realidad interrogantes para los cuales no espera respuesta. La búsqueda por la búsqueda es para obtener una respuesta falsa querida de antemano.

Una búsqueda real implica siempre como última hipótesis que haya una respuesta positiva: en caso contrario uno no busca. Por eso, como la realidad provoca, la educación de la libertad debe ser una educación para responder a la pro-vocación. Es una educación para tener «hambre y sed» lo que nos hace estar atentos a las numerosas sollicitaciones que constantemente nacen de la confrontación con la totalidad de lo real, lo que nos dispone a aceptar cualquier indicio de valor, es decir, cualquier promesa seria que se haga a la indigencia esencial de nuestro ser. Bienaventurados los que tienen hambre y sed.

Por el contrario, malditos los que no tienen hambre y sed, los que saben ya todo, los que no esperan nada. Malditos los satisfechos para quienes la realidad es, como mucho, puro pretexto para su agitación y no esperan de ella nada verdaderamente nuevo¹.

La postura en que la naturaleza pone originalmente al hombre ante la realidad es una postura positiva. La curiosidad es el aspecto más inmediato y mecánico de esta atención abismal que la naturaleza despierta en el hombre frente al cosmos. ¿Qué significa esta curiosidad original? La curiosidad, tanto en el niño como en el adulto, es una apertura llena de afirmación positiva. Es una simpatía original hacia el ser, hacia lo real, casi como una hipótesis general de trabajo con la que la naturaleza empuja al hombre a compararlo todo. Esta simpatía hacia la realidad es la hipótesis general de trabajo, la premisa de cualquier acción, de cualquier actividad.

La actitud de duda nos vuelve incapaces de obrar. Recuerdo haber leído en un periódico la creación de una escuela en América para ayudar a jóvenes genios a descubrir patentes con facilidad: una escuela para educar la genialidad, porque realizar un invento es un hecho genial.



Aquella escuela estaba orientada por entero a educar en afrontar los problemas con una hipótesis positiva.

Lo más terrible es situarse ante la realidad con una hipótesis, no digo ya negativa, sino simplemente suspendida; uno, así, no se mueve.

La observación es bastante simple: si se parte de una hipótesis negativa, aunque haya algo no se encontrará nada; si se parte de una hipótesis positiva, en caso de haber algo, puede encontrarse, y si no hay nada, no se encontrará nada,

¹ Cf. Lc. 6, 20-26.

En la preciosa novela de Graham Greene, *El final de la aventura*, hay un episodio significativo. El protagonista es un librepensador, un escritor anarquista de Londres. Va a visitar a un amigo a quien se le había muerto su mujer. Y se encuentra allí con un fraile, confesor de esa mujer, que había sido católica. Al verle, el protagonista descarga sobre él todo su rencor contra la religión, riéndose de Dios, de los milagros, etc., con una amenazadora lluvia de palabras bajo las que parece ahogarse el fraile. Pero éste, aprovechando una breve pausa que su interlocutor tiene que hacer para tomar aliento, le dice más o menos así: «Permítame, pero creo que yo soy más librepensador que usted, pues me parece más libre pensamiento admitir todas las posibilidades que cerrarse a alguna de ellas»². La hipótesis positiva es una opción, una elección. La educación de la libertad debe ser una educación en elegir la positividad como punto de partida.

No existe nada más patológico e improductivo que la duda sistemática. Recuerdo a un joven amigo que, en pleno curso de bachillerato, justamente a causa del problema religioso cayó en un trágico agotamiento nervioso. Dudaba de todo. Parecía la encarnación de ciertos personajes de Pirandello. Su padre le llevó a un psiquiatra, que le condujo a una habitación donde había un hombre calvo que el chico veía sólo de espaldas; aquel hombre tenía en la mano una linterna e iluminaba una esquina entre el suelo y la pared buscando algo. El médico le llamó por su nombre y él no se volvió, pero se quedó quieto; entonces el médico, llamándole de nuevo por su nombre, le dijo «¿Qué buscas?», y él respondió con su nombre y apellidos. Como un nuevo Diógenes se buscaba a sí mismo. Pues bien, creo que mi amigo se curó en parte por el shock que le produjo esto.

La educación en la libertad es una educación para tener una actitud positiva ante la realidad, para crecer en la capacidad de tener certeza.

Todos los «pero, sí, sin embargo, quizá...» con los que se intenta poner en duda el carácter positivo que tiene el proceso de relación yo-realidad, son simple obstrucción, cortina de humo para proteger la retirada del hombre del compromiso con la realidad misma.

² Cf. Graham Greene, *El final de la aventura*, Edhasa, Barcelona 1985.